

España, un país de viejos millonarios y niños pobres

■ Esmeralda Gayán

La España que va a heredar el nuevo gobierno será distinta a la de hace cuatro años. El número de millonarios en nuestro país ha aumentado un 40,2% durante la última legislatura. A finales de 2011, los millonarios eran 137.300 y cuatro años después ya son 192.500 las personas con un patrimonio superior al millón de dólares (885.903 euros).

Así lo dice el Informe Mundial de la Riqueza 2016 elaborado por la consultora Capgemini. El trabajo refleja que si se comparan las cifras con las de 2008, al inicio de la crisis, estas grandes fortunas han aumentado un 50%. No obstante, el grueso de incremento se ha producido en los últimos cuatro años, pese a que España aún se encontraba en recesión en los dos primeros.

Sin embargo, estos datos contrastan con el aumento de la pobreza infantil en España. El riesgo de pobreza infantil en España es del 29,6%, según el Instituto Nacional de Estadística (INE), una de las más altas de Europa. Una cifra que muestra una débil política de protección social: "Mientras los mayores de 65 años tenían como colchón las pensiones, los hogares con niños no tienen prestaciones", apunta Gabriel González-Bueno, especialista en políticas de infancia de UNICEF.

De los 28 países de la Unión



España es ya un país envejecido. EP

"España se está convirtiendo en un país de jubilados adinerados que conviven con una generación de jóvenes, extranjeros, mujeres y niños que son los que sufren un mayor riesgo de caer en exclusión social"

Europea sólo siete países no tienen ayudas universales por hijo, y éstos están entre los diez con más pobreza infantil. Y en España, la única ayuda que se tenía, que eran los 2.500 euros por nacimiento, se eliminó. "Han aparecido carencias básicas que

parecían del pasado. Un niño necesita más que pasta y arroz. También alimentos frescos como carne, frutas, verduras o pescado, que han subido los precios. Ese déficit lo pagará toda su vida", añade el especialista.

No sólo los niños son más pobres que hace cuatro años. Casi tres de cada diez españoles, el 28,6% de los ciudadanos, se encuentra en riesgo de exclusión social, sin apenas recursos con los que pagar las necesidades básicas, según la última encuesta de condiciones de vida publicada en mayo por el INE. Según este mismo informe, los ingresos medios de los hogares españoles se redujeron el año pasado un 0,2% hasta los 26.092 euros de media por familia.

El perfil del pobre español está bastante definido. Los jóvenes extranjeros (no europeos), parados y solteros o solteras pero con un niño o dependiente tienen de caer en exclusión social, según las variables sociales analizadas por el INE. En el lado contrario, el retrato robot de los ciudadanos con menos riesgo de pobreza es el de un español, con educación superior, casado pero sin hijos y residente en Navarra. Los jubilados de más de 65 años también figuran dentro de este grupo con escaso riesgo de caer en la pobreza.

Según estos datos, por tanto, España se está convirtiendo en un país de viejos millonarios que

conviven con una generación de jóvenes y niños más pobres. Esta realidad está a la vez muy relacionada con el desempleo en España. Cuando unos padres no encuentran empleo o es precario, quienes más lo padecen son los niños y adolescentes. Nuestro país es también el segundo país de la Unión Europea con más paro de larga duración, con una tasa del 11,4% lejos del 1,7% que tenía antes de la crisis, y su tasa duplica a la media. Ya no es un paro puntual, sino estructural. Se ha hecho crónico, a pesar de los anuncios triunfalistas del Gobierno. No hay estadística sobre pobreza o precariedad

"El riesgo de pobreza infantil en España es del 29,6%, según el INE, uno de los más altos de Europa, una cifra que según los expertos muestra una débil política de protección social"

donde España no encabece las primeras posiciones.

En 2013 el paro juvenil superó el 55% y se convirtió en líder en Europa. En los últimos datos del INE, se sitúa en el 46,5%. Una bajada de casi diez puntos. Pero para el colectivo de Juventud Sin Futuro se debe a una única razón:

la proliferación de trabajo 'basura'. "Lo que más nos encontramos a la hora de buscar empleo son contratos temporales por horas o días sueltos, por unos 200 euros al mes", afirman.

También somos el segundo país de Europa con más paro femenino, con casi el 50% de las españolas sin trabajar. Los últimos datos de los servicios públicos de empleo mostraron que por primera vez, desde 2010, bajó la cifra de paro de los cuatro millones de personas.

Ahora bien, el balance de la legislatura es menos paro, sí, pero más trabajo temporal y menos prestaciones. Así lo recoge un informe de la empresa Adecco, que también habla de que las prestaciones han caído en la última legislatura. Bajo el mandato de Rajoy las ayudas a los parados se han reducido un 30%. Siete de cada 10 desempleados ya no reciben ayudas y cerca del 80% vive gracias a la ayuda de la familia, según un informe de la empresa de trabajo temporal Adecco.

Otra razón por la que disminuye el paro es la emigración juvenil. Según datos del Instituto de la Juventud, desde 2009, 218.000 jóvenes han abandonado el país. Con estos niveles, resulta muy complicado independizarse. Cifras de paro insostenibles que repercuten en un freno radical de sus proyectos de vida: De todo esto tendrá que tomar nota el nuevo Gobierno.

Crónica mundana

'Brexit': Europa, año cero

■ Manuel Espín

Cuando en Ciencia Política se habla de influencias vinculadas en su mayor parte a fenómenos socioculturales, a magnitudes económicas, a elementos geopolíticos, a conceptos basados en un análisis de clase, se suelen dejar de lado efectos no menos importantes basados en mitos, creencias, sentimientos, aspiraciones o frustraciones, contenidos que sólo se pueden medir desde un punto de vista psicosocial. Esos factores han tenido enorme peso en el referéndum británico convocado por David Cameron. Se trata de un factor identitario generado a lo largo del tiempo que se alimenta de mitos, de imágenes alzadas como representaciones incuestionables o verdades absolutas, entrelazadas gracias al "cemento" de los sentimientos. Para un importantísimo sector interclasista de la sociedad británica, el Reino Unido es un continente en sí mismo, diferente a todos, que se sigue alimentando de la ficción de la Commonwealth, con una monarca que es jefa de decenas de Estados, algunos tan importantes como Canadá o Australia, manteniendo una imagen de "centro del mundo", todo lo apollada que se quiera pero aún viva en la memoria. Un sentimiento imperial vacío pero que sigue funcionando: el extraño, o el extranjero, aunque aliado, amigo, socio o casi igual, viene a contaminar y a alterar una sociedad tradicional adaptada a la modernidad, pero sin perder sus esencias. Europa, es decir la UE, la

condiciona con sus normas, sus leyes, sus ciudadanía... Se hace abstracción de una realidad incuestionable: la sociedad británica actual, como cualquiera de las grandes del mundo, es mestiza o no lo es. Querer buscar una pureza cultural o racial, no sólo es peligroso porque abre una caja de los truenos que costó muy caro a Europa y al mundo, sino que es plenamente utópico. El Reino Unido, como Francia, Alemania o España, está lleno de esos "otros entre nosotros", de razas, religiones, ideas y colores muy distintos. Buscar la pureza política a través del aislamiento conduce a una sociedad cerrada. Los grandes Estados de finales XIX y de principios del XX, como Estados Unidos o Argentina, se hicieron a través de la aportación de una inmigración de los orígenes más diversos. Una sociedad tiene éxito cuando acierta a generar mecanismos de integración entre sus distintas comunidades, ciudadanos y residentes, cualquiera que fuera su procedencia. Y fracasa cuando exige certificados de pureza como la Polonia antiliberal, antieuropea, ultracatólica y nacionalista de Ley y Justicia.

La situación se repite en Holanda, donde un partido anti-inmigración encabeza encuestas y en Alemania, donde la xenófoba Alternativa está en tercera posición. Un análisis interpreta que el no a Europa lo integran mayores de 65 años, obreros no cualificados, y en general las clases menos dinámicas de la sociedad. Se trata de un electorado interclasista, aparentemente



Cameron ya anunció que dimitirá tras el triunfo del 'Brexit'.

"Por encima de cualquier lógica, un sentimiento, una identidad o un estereotipo acaban por tener más peso que los criterios de racionalidad"

"La fría tecnocracia de Bruselas ha sido incapaz de generar ilusión en una UE abocada a una triple dirección: tronco central federalizado, aliados comerciales periféricos y asociados puntuales"

despolitizado, arcaico, poco emprendedor, ultraconservador en nombre de una tradición mal entendida, y socialmente desconfiado de lo nuevo. El modelo se reproduce en el voto a Le Pen que es transversal y se alimenta de los falsos mitos anticosmopolitas que antaño engordaron a los viejos fascismos europeos. El miedo a perder privilegios o protección tutelada social en favor de los inmigrantes es el combustible de un discurso que aparece por los más variados lugares de Europa. La socialdemocracia, fundamental en su día en la construcción europea, hoy aparece diluida o irrelevante, o al borde del fracaso estrepitoso al que se enfrentan con sus uniformes de tecnócratas Hollande, Valls o Renzi.

Frente a esa quiebra del modelo iniciado en la posguerra y al hilo de los cambios de las décadas de los 60 y 80, la UE ha alzado un entramado burocrático incapaz de seducir, cuando la situación -crisis económica, refugiados...- la pone a prueba. Ese frío y distante discurso acaba por pasar factura: no sólo el Reino Unido está dispuesto a salir de la Unión: también Holanda, incluso Francia o Italia podrían convocar consultas. El mal ya está hecho: esta Europa carece de magnetismo, de mecanismos rápidos de respuesta, los líderes políticos son grises o sumisos hasta el extremo con Bruselas... No es sólo Draghi quien enfría con unos tipos de hielo, el monetarismo no da más de sí pero se sigue aplicando como ley de hierro a unos gobiernos obedientes, cada vez más sitiados por populismos,

que en la mayoría de los casos, excepto en España, llegan por la extrema derecha. La regeneración de la UE es cada vez más difícil. La zona parece abocada hacia una Europa a dos (o a tres velocidades): 1) Un tronco central federalizable y con instituciones comunes, en el que pueden entrar Alemania, Francia (si no gana Le Pen), Benelux (si los ultras no llegan al gobierno holandés), Italia, España, Portugal, Suecia e Italia, y algún otro; 2) Asociados miembros de pleno derecho en lo económico pero no en lo político, que aspiran a las ayudas de Bruselas pero no están dispuestos a aceptar una política de derechos y libertades, donde caben varios de los estados más hostiles (Polonia, Eslovaquia, Hungría, algunas repúblicas bálticas, bajo gobiernos ultraderechistas o ultracatólicos nacionalistas) dentro de un retorno a las esencias del viejo Mercado Común, y 3) Una zona comercial periférica encabezada por el Reino Unido, como la antigua EFTA con un tratado de libre comercio y acuerdos como los que Suiza o Noruega tienen con la UE, con absoluta soberanía política y económica. Esta es la dura realidad. La inmigración y la prueba de fuego de la política de refugiados, tanto como la dilatada pero errática política económica han puesto a prueba a una UE sin capacidad de acción. Ahora todo esta por hacer. Contra la lógica del dinero, de la City, del poder, de la presión internacional, de la lógica, el elector británico ha apostado por los sentimientos. Frente a ese poderoso argumento, el de los mitos, tiene muy poco que hacer la fría racionalidad de los discretos tecnócratas de Bruselas, de Berlín, de París o de Madrid.